

## HERODES ANTIPAS Y LA GALILEA DEL TIEMPO DE JESÚS

La obra que será objeto de comentario en esta nota es la revisión de la tesis doctoral del autor, defendida en el año 2005 con el título *Herod Antipas in Galilee*<sup>1</sup>. El propósito fundamental de la misma es revisar de forma exhaustiva el conjunto de fuentes arqueológicas y documentales relacionadas con el reinado de Herodes Antipas a fin de evaluar el impacto de sus políticas sobre la realidad socioeconómica de Galilea. Se trata probablemente del estudio más completo y actualizado sobre el tema y uno de los pocos que combina de forma rigurosa y sistemática fuentes escritas y restos arqueológicos<sup>2</sup>.

El libro se divide en tres grandes partes correspondientes a la división académica clásica de la exposición de una investigación: I. Planteamientos (3-49): donde se describe y valora el estado de la cuestión y se defiende el interés del tema. II. Descripción e interpretación de fuentes documentales y arqueológicas (53-217): donde se clasifican, datan e interpretan dichas fuentes. Dentro de las fuentes arqueológicas se otorga especial relevancia a la numismática de la época Herodiana. III. Valoración de los resultados (221-259)

En la primera parte, Jensen expone las razones y motivos del interés académico actual por el conocimiento histórico de la Galilea romana. Señala la convergencia en este tema de tres grandes líneas de investigación histórica: la que se interesa por la historiografía de

<sup>1</sup> Morten Horning Jensen, *Herod Antipas in Galilee. The Literary and Archaeological Sources on the Reign of Herod Antipas and its Socio-Economic Impact on Galilee* (Tübingen: Mohr Siebeck [Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament 215] 2006).

<sup>2</sup> Los únicos resultados arqueológicos que el autor lamenta no haber podido integrar en su estudio son los del informe final de las excavaciones de Séforis iniciadas en 1983 por la South Florida University bajo la dirección de James F. Strange.

Flavio Josefo, la que se interesa por los orígenes del Rabinismo y la que se interesa por la figura histórica de Jesús (3-9). Estos intereses convergentes han favorecido la puesta en marcha durante las últimas décadas de varios proyectos arqueológicos en la zona, permitiendo a los historiadores contrastar y combinar datos documentales y datos arqueológicos.

El autor hace suyo el interés por la tercera línea de investigación y adopta como objetivo secundario de su obra ayudar a esclarecer una de las cuestiones más debatidas entre los estudiosos del Jesús histórico; a saber, en qué medida la política de Antipas podría haber tenido una influencia decisiva en el surgimiento y desarrollo inicial del movimiento de Jesús a través de los cambios que supuestamente habría introducido en la vida social, económica y cultural de la población galilea. Este segundo objetivo, que está implícita o explícitamente presente en toda la argumentación de la obra, es la razón por la que Jensen concentra su estudio en la Galilea de Herodes Antipas (4 a.C.-39 d.C.).

El autor formula la cuestión como una confrontación entre dos posiciones opuestas (9-30). La primera posición, representada fundamentalmente por Horsley, Crossan, Arnal y la obra más reciente de Freyne, afirma que la Galilea de Antipas vivía una situación de crisis socioeconómica y/o cultural, y que dicha situación actuó como revulsivo o causa motivadora del ministerio público de Jesús. El origen de la crisis habría que buscarlo en la adopción por parte de Antipas de las políticas urbanísticas, económicas y fiscales propias de los reyes helenísticos vasallos de Roma. La segunda posición, representada por el primer Freyne y los arqueólogos Eric M. Meyers, D. Edwards y J. Strange, defiende que durante el reinado de Antipas la población galilea no estuvo sometida a tensiones socioeconómicas, culturales o políticas relevantes, sino que por el contrario experimentó un desarrollo armónico y prácticamente generalizado. Según estos autores, la prudente amistad de Antipas con Tiberio y la política interna de su reinado habrían amortiguado el impacto de los intereses políticos y comerciales romanos sobre la sociedad galilea.

A lo largo de las últimas décadas, la discusión se ha ido centrando en torno a cuatro tesis utilizadas por algunos estudiosos como presupuestos fundamentales de sus posiciones (5-9):

(i) Galilea habría sido tradicionalmente un feudo de bandidos, entendido este término según la concepción del 'bandido social'

definida por Hobsbawn<sup>3</sup>. Esta definición asocia el bandidaje social a determinadas formas de explotación económica de la población rural. El defensor de esta tesis es Horsley<sup>4</sup>, quien entiende que el movimiento de Jesús fue una respuesta no violenta al mismo tipo de problemática socioeconómica frente a la que el bandidaje social galileo venía reaccionando desde hacía tiempo de forma violenta.

(ii) Galilea habría mantenido y desarrollado una tradición religiosa distinta en muchos aspectos a la de Judea. Esta tradición, desvinculada del sistema del Templo y de carácter predominantemente profético, habría sido el fundamento religioso sobre el que se inspiraría el mensaje de Jesús. Algunos autores, como Horsley, quieren retrotraer el origen de dicha tradición a la religión de la población israelita que supuestamente habría quedado en la región galilea después de la conquista asiria del Reino del Norte (722 a.C.).

(iii) A partir del gobierno de Antipas, Galilea habría sufrido un proceso de helenización acusada que la habría convertido en una región muy cosmopolita. Este supuesto es utilizado por autores como Downing y Crossan para defender la plausibilidad de la influencia de la forma de vida cínica en el movimiento de Jesús.

(iv) La política urbanizadora de Antipas en Galilea habría creado tensiones socioeconómicas importantes entre la población rural y los habitantes de Séforis y Tiberíades. Estas tensiones, no sólo reflejarían dos modos radicalmente distintos de entender las relaciones sociales y la moral económica, sino que también habrían repercutido negativamente en el equilibrio tradicional de la forma de vida campesina –endeudamiento creciente y ruina de los pequeños propietarios–, descomposición familiar, incremento de la mendicidad y el bandolerismo, etc. Jesús habría respondido a esta situación con un mensaje de renovación ética y religiosa dirigido fundamentalmente al campesinado.

Jensen considera que la segunda y la tercera tesis han sido suficientemente rebatidas por la investigación reciente: La amplia presencia en Séforis y Tiberíades de los cuatro indicadores arqueológicos de la práctica del Judaísmo –ausencia de huesos de cerdo, utilización de vasijas de piedra, piscinas de purificación y enterramientos secundarios –permiten asegurar que la Galilea de Antipas tenía una población mayoritariamente judía y que su forma de practicar el

<sup>3</sup> E. Hobsbawn, *Bandidos* (Barcelona 2001).

<sup>4</sup> R. A. Horsely, *Jesus and the Spiral of Violence: Popular Jewish Resistance in Roman Palestine* (San Francisco 1987).

Judaísmo no difería apreciablemente de la de Judea<sup>5</sup>. La primera tesis puede ser considerada un aspecto parcial de la cuarta, en la que se concentrará fundamentalmente el estudio de Jensen.

Tras delimitar y formular el problema que pretende investigar, Jensen se refiere a un rasgo extraordinariamente significativo de la investigación sobre la Galilea de Jesús, a saber, que los defensores de la visión conflictiva construyen su interpretación de los datos utilizando modelos de las Ciencias Sociales, mientras que los defensores de la visión armónica se remiten únicamente a fuentes históricas y/o arqueológicas (30-34). Sospechando un uso inadecuado de los modelos de las Ciencias Sociales, el autor opta por prescindir totalmente de ellos y propone una metodología que se limita a interpretar los datos documentales y arqueológicos de la Galilea de Antipas en contextos formados por el mismo tipo de datos, pero más amplios. Así, por ejemplo, las series de monedas acuñadas por Antipas se comparan con las acuñadas por los demás reyes herodianos y por los gobernadores romanos de Judea; las excavaciones en ciudades y aldeas de la Galilea de Antipas se comparan con las de ciudades y aldeas de regiones vecinas, etc.

La opción de Jensen por una metodología comparativa no se funda en una concepción ingenua de la verdad asequible a la investigación histórica. En numerosos lugares de su estudio encontramos *excursus* y aclaraciones en los que se alerta al lector de los límites del conocimiento arqueológico y del método utilizado en la obra. Jensen reconoce abiertamente que probablemente haya cuestiones a las que este tipo de reconstrucción no pueda responder.

La segunda parte es la más amplia, sólida y novedosa de toda la obra. Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que constituye por sí sola una aportación inestimable a la investigación histórica sobre la Galilea de Antipas. Sus más de 150 páginas se dividen en dos grandes bloques, correspondientes al estudio respectivo de fuentes documentales y datos arqueológicos, cada uno de los cuales se divide a su vez en dos secciones: (a<sub>1</sub>) Antipas según Flavio Josefo y (b<sub>1</sub>) Antipas según otros documentos, el primero; (a<sub>2</sub>) datos arqueológicos no numismáticos y (b<sub>2</sub>) monedas, el segundo.

<sup>5</sup> La articulación de estos criterios para detectar el carácter judío de los asentamientos se debe a J. Reed, "Identidad de los Galileos: Consideraciones étnicas y Religiosas", *El Jesús de Galilea: Aportaciones desde la Arqueología* (Salamanca 2006) 45-85, pp. 66-71.

Del primer bloque merece especial atención el análisis de los testimonios de Flavio Josefo relativos al reinado de Herodes Antipas. Jensen sitúa dichos testimonios en el contexto de toda la obra flaviana con el fin de detectar las intenciones globales de la actividad historiográfica de este autor así como los intereses que determinan su forma de presentar a los distintos príncipes herodianos, sobre todo en las *Antigüedades Judías*. De acuerdo con este análisis, Flavio Josefo habría querido presentar a Antipas como uno más, aunque el menos destacado, de entre los malos gobernantes herodianos que, llevados por su afán de conservar el apoyo de Roma, ejercieron el poder despóticamente, despreciaron las costumbres ancestrales del pueblo judío y consecuentemente fueron castigados por Dios. Frente a ellos habría singularizado los ejemplos positivos de Filipo y Agripa I, a quienes alaba por su capacidad para compatibilizar la fidelidad a Roma con el amor respetuoso a las tradiciones de Israel. Desde la perspectiva crítica obtenida en este análisis, Jensen concluye que la información aportada por Flavio Josefo permite imaginar a Herodes Antipas como un rey poco ambicioso, que supo mantener unas relaciones aceptables con la élite sacerdotal de Jerusalén y una amistad discreta con los romanos. La construcción de Tiberíades parece haber supuesto ventajas económicas notables para la mayoría de sus habitantes, a quienes Antipas habría suministrado tierras en el entorno (99-100).

El segundo bloque comienza con una valoración crítica y mesurada de los límites y métodos del conocimiento derivado de datos arqueológicos (127-135). La conciencia de estos límites se traduce sobre todo en una crítica sistemática a la falta de rigor que ha caracterizado la cronología presupuesta en muchas descripciones académicas de la Galilea de Jesús. En ellas, con mucha frecuencia, se han retrotraído las trazas inequívocas de influencia grecorromana procedentes de los siglos III y IV a la época de Herodes Antipas.

Según los resultados de los últimos proyectos de excavaciones arqueológicas en Galilea, se constata un desarrollo acelerado de asentamientos durante la época Hasmonea y un desarrollo acelerado de la urbanización y de la influencia de la arquitectura grecorromana en épocas posteriores a la segunda guerra judía. En comparación con estos extremos, el periodo intermedio, en el que se sitúa el reinado de Antipas, presenta una urbanización muy modesta sin apenas elementos de carácter grecorromano. Jensen compara las reconstrucciones de lo que serían las ciudades de Séforis y Tiberíades en la primera mitad del siglo I con Cesarea Marítima y otras ciudades de la Decápolis (Hippus, Gadara, Scytópolis)

en la misma época para concluir que las dimensiones y equipamiento urbano de las ciudades de Antipas eran notablemente inferiores a las de su inmediato entorno pagano.

Jensen acomete también el estudio, en perspectiva interregional, de varias poblaciones rurales habitadas en la época de Antipas. Analiza los restos de Jotapata, Caná y Cafarnaún y los compara con los de Gamla, situada en territorio de Filipo pero económica y culturalmente ligada a la población judía del otro lado del lago. La conclusión es que en ningún caso se han detectado signos de declive económico o demográfico en las décadas de nuestra era anteriores a la primera guerra judía. En todos los casos salvo en Jotápata existen restos de edificios públicos datables en ese periodo, y en todos los casos salvo en Cafarnaún se construyeron casas o barrios para gente acomodada. Se constata también un aumento y una diversificación especializada de actividades artesanales o industriales como la cerámica, la fabricación de objetos de cristal, el tejido, el tintado, el curtido de pieles, la producción de aceite, la cría de palomas, la pesca y la conserva de pescado.

Finalmente, Jensen aplica el mismo método de las comparaciones contextualizadas a los hallazgos numismáticos de la época herodiana. Aunque la escasez de los datos disponibles debilita mucho las conclusiones, el procedimiento interpretativo utilizado es por sí mismo valioso como instrumento de análisis aplicable a otras investigaciones. Jensen compara el número y magnitud de las emisiones de moneda de los príncipes y gobernadores de las distintas zonas de Palestina desde Herodes el Grande hasta Agripa I. Concluye que ninguno de estos gobernantes tuvo necesidad de acuñar grandes cantidades de moneda, pues las monedas de plata acuñadas en Tiro y las de bronce emitidas por los Hasmoneos eran prácticamente suficientes, las primeras para las transacciones importantes, y las segundas para los pagos menores de la vida cotidiana. Las emisiones de moneda de los Herodianos tuvieron por tanto una función primariamente simbólica y una razón de ser fundamentalmente política. La elección de las imágenes, leyendas y alfabeto eran una declaración implícita de la posición que el rey, el tetrarca o el gobernador creía o quería mantener en relación con Roma, el Templo, los demás gobernantes de la zona y sus propios súbditos. La conclusión más relevante obtenida de este análisis es que Antipas fue el más modesto de entre los príncipes Herodianos, tanto por el número de emisiones como por la cantidad de monedas que en cada una de ellas se puso en circulación. En lo que se refiere a los símbolos utilizados, parece claro que antepuso su preocupación por respetar la

sensibilidad religiosa judía al afán por honrar a sus patrones imperiales. A diferencia de Filipo o Agripa I, nunca decoró sus monedas con imágenes antropomórficas al estilo grecorromano

Las conclusiones globales que Jensen extrae, en la tercera sección del libro, de los pormenorizados análisis realizados en la segunda es la parte más discutible de su trabajo y la única que, a mi entender, requiere ciertas matizaciones críticas. Según dichas conclusiones, los resultados de estos análisis en relación con Herodes Antipas sólo detectan mediocridad: Antipas habría sido un rey de ambiciones modestas en todos los sentidos. No construyó ciudades comparables a las *poleis* helenísticas de la Decápolis o a Cesarea Marítima ni por su tamaño, ni por su dotación urbanística, ni por la cantidad de elementos arquitectónicos grecorromanos. No acuñó moneda a gran escala, seguramente, porque la modesta actividad económica que había en sus territorios no lo precisaba. Tampoco se distinguió por su vinculación a Roma. A pesar de la estabilidad de su amistad con Tiberio, no hizo grandes dispendios para honrar a sus patrones imperiales y nunca fue promocionado ni recibió recompensas importantes por su fidelidad. Aunque en su vida privada no fue hombre piadoso, respetó las costumbres religiosas de sus súbditos y mantuvo buenas relaciones con la aristocracia sacerdotal de Jerusalén.

Jensen llega a estas conclusiones comparando datos documentales y arqueológicos relativos al reinado de Herodes Antipas con datos del mismo tipo relativos a los reinados de otros reyes o príncipes herodianos en el entorno geográfico de Palestina. Ahora bien, todos los datos documentales, salvo los pocos mencionados en los evangelios, fueron escritos por personas pertenecientes a una élite socioeconómica y cultural, sin conocimiento directo de la vida rural galilea. La mayor parte de la información procede de la pluma de Flavio Josefo, quien pertenecía a la aristocracia sacerdotal judía y escribió todas sus obras en Roma bajo el patrocinio de los emperadores Flavios. Ninguno de estos autores muestra el más mínimo interés por la economía de los campesinos que pueblan los territorios de los reyes, príncipes y nobles cuyas campañas militares y luchas políticas constituyen el tema central de la historiografía antigua. Los campesinos sólo aparecen en los documentos antiguos cuando son forzados a participar en las luchas de la clase dirigente o cuando protagonizan algún tipo de revuelta. Por eso Flavio Josefo sólo habla de los campesinos galileos que le apoyan o se le oponen en la guerra, e indirectamente, de los que se habían incorporado a los grupos de bandidos o rebeldes políticos. La vida cotidiana de la

población rural es un tema vulgar que no suele merecer la consideración de la gente culta<sup>6</sup>. El tipo de tensiones socioeconómicas que pudieron haber favorecido el surgimiento de un movimiento no violento como el de Jesús habrían pasado desapercibidas para cualquier escritor aristócrata como Flavio Josefo.

De los datos documentales sólo se puede, por tanto, obtener una valoración de aquellos aspectos del reinado de Antipas que interesaban a las élites de la época. Aunque saber que este príncipe herodiano fue, desde el punto de vista político, un personaje mediocre no deja de tener importancia histórica, poco nos informa acerca de las tensiones socioeconómicas que la instauración de su corte, primero en Séforis, y luego en la recién construida Tiberíades pudieron provocar. Con toda probabilidad, los habitantes del campo galileo eran mucho más sensibles a la aparición repentina de un centro de gobierno o un núcleo urbano en su entorno, por modesto que éste fuera, que a los avatares de las relaciones políticas de su rey con Jerusalén o con Roma.

Hasta la promoción de Antipas a tetrarca, la baja Galilea no había albergado corte alguna ni había tenido otro centro urbano aparte de la pequeña ciudad-fortaleza de Séforis. Aunque la refundación de Séforis no parece haber estado acompañada de una renovación urbanística importante, es difícil imaginar que su conversión en sede de la corte del tetrarca no tuviera consecuencias en las vidas de la población galilea. La creación de una corte supone necesariamente un incremento en el número de servidores y clientes de la élite gobernante, y probablemente un incremento también de la población urbana. La historia se repitió a mayor escala con la construcción de Tiberíades, donde Antipas trasladó su capital unos años después.

Dado que los costes del transporte eran muy altos en la antigüedad, la mayor parte de las ciudades de pequeño o mediano tamaño se abastecían casi completamente con los productos agrarios de su entorno rural. Un aumento brusco de la población urbana tenía inevitablemente consecuencias en la vida de los productores campesinos, sobre todo si este cambio partía de cero, como fue el caso en el entorno rural de la nueva Tiberíades. Desafortunadamente, Jensen no compara la Galilea de Antipas con regiones rurales del entorno

<sup>6</sup> R. MacMullen, señala la inmensa distancia física, social, administrativa y cultural existente entre la población rural y la élite urbana de propietarios ausentes *Roman Social Relations. 50B.C. To A.D. 284* (New Haven-London 1974) pp. 3, 28-47.

que hubieran atravesado o estuvieran atravesando por una situación parecida de cambio, es decir, por la aparición brusca de un centro de gobierno ligada a la construcción de una nueva ciudad o al crecimiento demográfico brusco de un centro urbano ya existente. El factor relevante a la hora de evaluar situaciones socioeconómicas como las de Galilea no es la cifra absoluta de habitantes urbanos o la de metros cuadrados edificadas en la zona, que es lo que tiene en cuenta Jensen, sino la brusquedad del cambio. El sistema económico del campesinado es un sistema de equilibrio precario y por tanto muy inestable. Pequeñas perturbaciones locales pueden producir efectos negativos drásticos para los grupos familiares, pero se necesitan muchísimos efectos negativos acumulados en una gran cantidad de pueblos y aldeas para que la dificultad provoque una revuelta y se vuelva así visible a los ojos de las élites. Sin embargo la ausencia de revuelta no significa que los campesinos negativamente afectados por cambios impuestos desde fuera sean incapaces de reconocer las causas de su situación o de evaluar moralmente a los agentes implicados. Como ha mostrado James C. Scott en su estudio antropológico de las aldeas arroceras de Indochina<sup>7</sup>, entre la resignación ignorante y la revuelta hay un amplio espacio para la toma de conciencia y el juicio moral. El surgimiento de un movimiento de renovación moral y religiosa como el iniciado por Jesús tiene perfecta cabida en este tipo de espacio.

Las conclusiones de Jensen sugieren que la situación socioeconómica del campesinado galileo no empeoró durante la primera mitad del siglo I, si acaso, mejoró moderadamente. Según este autor no tendría, por tanto, sentido intentar explicar el movimiento de Jesús como una respuesta a una situación de crisis en la Galilea de Antipas. Cuatro son los tipos de datos que Jensen interpreta más claramente en este sentido: (i) el papel económicamente irrelevante de las monedas acuñadas por el tetrarca; (ii) el desarrollo diversificado de oficios y empresas artesanales en las poblaciones rurales de Galilea; (iii) la aparición de viviendas de clase alta en algunos pueblos galileos; y (iv) la ausencia de signos arqueológicos de despoblación o depresión económica en la Galilea rural de Antipas.

El hecho de que Antipas, a pesar de tener poder para acuñar moneda, lo ejerciera sólo de forma muy limitada y con fines meramente político-simbólicos indica que los habitantes de sus territorios tenían suficiente con las monedas en curso. Esto a su vez podría

<sup>7</sup> J. C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance* (Yale University Press, New Haven-London 1985).

interpretarse como un indicio de que la economía mercantil, cuyo desarrollo suele ir ligado al proceso de urbanización y al establecimiento de nuevas vías de comunicación material y cultural<sup>8</sup>, no hizo avances importantes en Galilea durante el reinado de Antipas. Sobre esta interpretación es preciso decir, en primer lugar, que se basa en una notabilísima escasez de datos. Pero, incluso si la aceptamos, tampoco elimina la posibilidad anteriormente enunciada de que pequeños pero bruscos cambios locales afectaran negativamente a una economía campesina, precaria e inestable. Dicha interpretación sólo contradiría las imágenes más dramáticas de entre las propuestas por la investigación sobre la Galilea de Jesús, en concreto, aquellas que postulan un avance arrollador del mercantilismo imperial romano durante la época herodiana (Crossan, Horsley).

La aparición o expansión diversificada de empresas artesanales, la existencia de viviendas de clase alta y la ausencia de indicios arqueológicos claros de despoblación o depresión económica en las aldeas rurales de la Galilea de Antipas tampoco tienen una lectura única. En las sociedades agrarias preindustriales, los artesanos ocupan normalmente un nivel económico inferior al de los campesinos propietarios y su situación es, en la mayoría de los casos, mucho más precaria. Con gran frecuencia los artesanos rurales son campesinos sin tierras o con extensiones de tierra insuficiente para mantener con ellas a sus familias. Sus ganancias dependen de los avatares de la demanda o del escueto jornal que les pueda ofrecer el dueño de una empresa. A diferencia de las familias campesinas que viven en sus tierras y de sus tierras, los artesanos carecen de cualquier tipo de seguro frente al paro, la enfermedad, o la vejez. Ningún campesino se convierte en artesano si no es por necesidad. El desarrollo de las empresas artesanales en contextos rurales puede, por tanto, significar un aumento del número de campesinos que han perdido sus tierras, lo que a su vez podría indicar un proceso de concentración de las tierras productivas en pocas manos. La concentración de la propiedad rural en manos de los más ricos permitiría una explotación más técnica y exhaustiva de la misma, ya que los nuevos dueños tendrían más capacidad para invertir capital en instalaciones, herramientas y animales que los antiguos. Al mismo tiempo, el aumento de la actividad artesanal favorecida por el incremento de campesinos sin tierra quedaría materialmente

<sup>8</sup> Según el modelo explicativo propuesto por T. F. Carney, *The Shape of the Past: Models and Antiquity* (Coronado Press, Lawrence, Kansas 1975) p. 91. Citado por Jensen como uno de los modelos utilizados por la investigación sobre el Jesús Histórico, p. 18.

reflejada en un aumento del número de utensilios e instalaciones artesanales en los perímetros de las aldeas. Algunos de entre los nuevos dueños de las grandes propiedades y de las empresas artesanales más importantes podrían, sin duda, ser los dueños de las viviendas lujosas halladas en las poblaciones galileas y fechadas por los arqueólogos en la época de Antipas.

Desgraciadamente, los arqueólogos no pueden trazar los perímetros de las propiedades familiares ni pueden saber con qué paga en metálico y/o en especies tenían que sobrevivir los artesanos. La posibilidad de que la riqueza y/o el desarrollo aumenten en una región pero beneficien sólo a unos pocos no es algo que nos haya tenido que enseñar la historia. Hoy día, podemos muchas veces constatar la enorme disparidad existente entre los informes sobre el desarrollo que manejan nuestras élites políticas y empresariales, y la realidad cotidiana de los sectores con menor poder económico. La perspectiva parcial desde la que se selecciona el tipo de datos que interesan a estos informes les hace incapaces de reflejar la realidad de lo débil, local e inestable. Sólo una antropología social sensible a lo pequeño, capaz de introducir a sus investigadores en la realidad cotidiana de la gente humilde, puede apreciar la problemática de este tipo de realidad. Con más motivo, sería ilusorio esperar que las excavaciones arqueológicas detectaran la pobreza de los antiguos. Sobre todo si tenemos en cuenta que la mayor parte de las cosas usadas por la gente humilde estaban hechas con materiales de baja calidad, fácilmente destruibles.

Mi propia conclusión es que el instrumental metodológico del análisis comparativo utilizado por Jensen carece de la resolución necesaria para detectar el tipo de dificultades y tensiones que pudieron afectar a la economía campesina en la Galilea de Antipas. Los resultados de este autor reflejan un punto de vista parcial y limitado, que tan sólo percibe la realidad que ha sido consignada o modelada por personas pertenecientes a un nivel socioeconómico y/o cultural superior al de la mayoría del campesinado. Para percibir la realidad de la población rural galilea necesitaríamos el testimonio de los propios campesinos y/o datos materiales suficientes para reconstruir su forma de vida y detectar sus variaciones en el tiempo. Desgraciadamente no tenemos acceso ni a lo uno ni a lo otro y probablemente nunca lo tengamos. Por eso, precisamente, son importantes los modelos que los científicos sociales nos puedan proporcionar a partir de estudios de campo actuales. Los modelos nos indican posibles relaciones entre aspectos o elementos de una realidad social del pasado que serían totalmente invisibles a los ojos

de un historiador sólo pertrechado con datos documentales y arqueológicos. Aunque existe una distancia temporal muy grande entre la realidad actual estudiada por las ciencias sociales y la realidad histórica, la perspectiva y los métodos del científico social son mucho más sensibles a lo pequeño, lo pobre y lo cotidiano que la perspectiva y metodología de los historiadores antiguos y los arqueólogos contemporáneos. Por eso, si las condiciones de vida presueltas por el modelo se asemejan suficientemente a las condiciones de vida del grupo histórico estudiado, las relaciones y explicaciones aportadas por el modelo pueden servir para orientar la búsqueda de nuevos datos y/o relacionar coherentemente los ya disponibles.

Ciertamente los datos esgrimidos por Jensen descartan algunas de las imágenes más dramáticas de la Galilea de Antipas construidas con la ayuda de modelos científico-sociales. Esto debe considerarse un avance importante en la investigación sobre el Jesús histórico. Ya no se puede sostener que este príncipe herodiano fuera especialmente pro-romano, explotara al campesinado más que otros, o que fuera el responsable de una helenización y una mercantilización exhaustivas de la sociedad galilea. Sin embargo, los análisis de Jensen no son incompatibles con otras posibles reconstrucciones basadas en modelos más sensibles, capaces de captar y analizar las alteraciones locales que una urbanización moderada pero brusca puede producir en la vida campesina. Las ciencias sociales disponen de modelos de crisis dramáticas inductoras de revueltas violentas, y modelos de 'crisis contenidas' que se limitan a elevar el grado de descontento y conciencia crítica entre los desfavorecidos. Los resultados de Jensen indican que son probablemente los modelos de este último tipo los que nos pueden ayudar a explicitar las formas de relación existente entre el movimiento de Jesús y la situación socioeconómica de la Galilea de su tiempo<sup>9</sup>. Al fin y al cabo, sabemos que el movimiento de Jesús nunca protagonizó ni promovió revueltas violentas.

Finalmente, considero pertinente aclarar que ningún modelo es capaz de explicar completamente un fenómeno sociocultural y, menos aún, una trayectoria vital personal. El modelo sólo sirve para

<sup>9</sup> James C. Scott ha realizado dos investigaciones exhaustivas sobre el campesinado de Indochina que conjuntamente reflejan estas dos posibilidades. La primera, *The Moral Economy of the Peasants. Rebellion and Subsistence in Southern Asia* (1976) analiza las condiciones y motivaciones de las revueltas campesinas; la segunda, *The Weapons of the Weak*, reflexiona sobre el debate moral desencadenado por los cambios en las relaciones de trabajo producidas por la introducción de maquinaria agrícola.

mostrar relaciones existentes entre elementos, aspectos o factores presentes en el sistema estudiado –que debe incluir al menos el fenómeno o la persona y su contexto. Las relaciones que señala un modelo son, además, de un determinado tipo, dependiendo de la perspectiva científica desde la que esté construido. Por eso no es adecuado pensar que un modelo puede ‘explicar’ de forma exhaustiva la vocación de Jesús, las motivaciones que orientaron su actividad pública o que le llevaron a constituir un movimiento. La investigación sobre la Galilea de Antipas no puede proporcionar una clave absoluta de comprensión del fenómeno Jesús. Sólo puede mostrar aspectos de las relaciones que hacen de este fenómeno personal singular parte integral de esa realidad galilea– Un conocimiento parcial, pero, a pesar de todo, relevante.

ESTHER MIQUEL PERICÁS